

Entre el archivo y la vida: subalternidades

Leo Cherri y Mariano López Seoane

Americanos y europeos lo sabemos bien: a partir de la segunda mitad del siglo XIX, el complejo vínculo entre Europa y las Américas entra en una nueva etapa histórica debido a las masivas migraciones de ciudadanos del «Viejo Continente», especialmente desde Italia y España, hacia las jóvenes naciones americanas. En América del Sur esto es especialmente visible en la Argentina, donde la creciente presencia de migrantes tiene un fuerte impacto en las costumbres sociales, en la gastronomía, en la lengua y en la literatura local, así como en el desarrollo social, económico y político. Argentina se convierte así en un «laboratorio multiétnico y multinacional», un espacio perfecto para el estudio de todas las dinámicas negativas y positivas del encuentro entre locales y migrantes.

A partir de entonces, se han sucedido oleadas migratorias de distinto origen, cantidad e intensidad. No todas replican las razones socioeconómicas que primaban en las primeras oleadas migratorias. En las últimas décadas, por caso, a las migraciones por crisis económicas y políticas, como las de Venezuela y de distintos países de África y Asia, se suman los desplazamientos por cuestiones sexogenéricas o religiosas, al tiempo que recientes conflictos bélicos explican la presencia masiva, y creciente, de migrantes de distintas regiones, destacándose en América del Sur la súbita aparición de comunidades locales rusas y ucranianas, entre otras.

Estas nuevas comunidades migrantes enfrentan las consecuencias de la globalización neoliberal pero también de la actualización reactiva de la noción de «identidad nacional» que esa globalización produce. Asistimos

así a una reedición, en pleno siglo XXI, de las vicisitudes y violencias que las comunidades migrantes del lejano siglo XIX sufrieron en nuestras tierras. Hay diferencias, desde ya, y es en gran medida para precisarlas y comprenderlas que esta segunda parte del dossier emprende un examen de distintas experiencias migrantes del pasado. Al que añade una tarea complementaria, e igualmente iluminadora: una reflexión sobre esa otra gran comunidad perseguida, la de las disidencias sexogenéricas, que también ha enfrentado, desde los inicios de la historia americana, distintas violencias institucionales y sociales.

Dedicada a comunidades minorizadas y migrantes, la segunda parte del dossier «Entre el archivo y la vida: subalternidades» se propone más específicamente reflexionar sobre el rol que desempeña el archivo en esta historia de desplazamientos y violencias. El archivo aparece aquí, y ante todo, como tesoro para las investigaciones y los activismos que proponen recrear historias perdidas o silenciadas, y trabajar en pos de la creación de una memoria colectiva más compleja e inclusiva. Pero también como caja de herramientas para movimientos y proyectos que disputan el sentido de nuestra historia y nuestra identidad en el presente, intentando ampliar las coordenadas de lo que nuestras sociedades consideran «propio». Por último, y desde una perspectiva si se quiere invertida, el foco en estas comunidades subalternizadas ofrece una oportunidad privilegiada para estudiar las transformaciones que se vienen produciendo en las últimas décadas en nuestro modo de concebir y usar el archivo; esto es, en las nociones existentes del archivo y en las prácticas asociadas

a su funcionamiento, tanto las que tienen que ver con su creación —que cada vez más muestran su independencia de las instituciones tradicionales— como las que se proponen para su organización y custodia.

Desde los trabajos de Michel Foucault, Giorgio Agamben y otros sabemos que el archivo no es ni una biblioteca polvorienta y atestada de documentos, ni un mero repositorio de cosas dichas, sino el lugar donde se negocian los significados, la memoria común, y la posibilidad misma de aquello que podemos decir y ver en el mundo. Es esta actualidad del archivo como espacio vivo y mutante, como agente clave en las disputas por nuestra identidad, nuestra memoria y nuestras políticas, lo que esperamos iluminar con esta segunda parte del dossier. El reconocimiento de esta realidad dinámica debe ser afirmado en una suerte de «revolución permanente», toda vez que se encuentra asediado, en lucha constante contra las exigencias de «exhaustividad», «neutralidad» y «naturalidad» con las que se pretende recortar y reducir la fuerza del archivo desde la historia tradicional o el estado. Esta operación de recorte y reducción encuentra su contraparte epistemológica en lo que reconocemos como *ratio archivística*; esto es, la «voluntad de restauración del origen de los registros», que atraviesa «la constitución moderna del campo de las llamadas ciencias humanas y se instaura al mismo tiempo como un intento general de reconstitución del ‘ordenamiento original’ o del ‘orden primitivo’ del archivo» (Tello, 2018, 23). En ese sentido, la *ratio archivística* moderna está enlazada con la aspiración historicista de develar los acontecimientos «tal cual como han ocurrido». El peligro de esta episteme, tal como insistió Walter Benjamin en su ensayo «Sobre el concepto de historia» (1940), es que en el ordenamiento y la restauración de los sucesos históricos (lo que equivale a los registros transformados en su fuente), se postula una «imagen ‘eterna’ del pasado» que suministra la masa de los hechos para llenar el tiempo homogéneo y vacío.

Desde el proyecto *Archives in Transition: Collective Memories and Subaltern Uses* venimos insistiendo en la potencia que tienen las voces de los grupos minorizados a la hora de deconstruir esta *ratio archivística* o, como preferimos decir, a la hora de ejercer una práctica *anar-*

chivística. Por un lado, las memorias orales o visuales recuperadas por diversas instituciones y muchos colectivos migrantes aspectos que han quedado al margen de la Historia oficial. Por el otro, distintos grupos feministas y queer, pero también instituciones que nunca antes habían custodiado documentos como teatros, hoteles de Inmigrantes o fábricas, incluyen en los archivos materialidades (fotos, ropa, objetos) antes descartadas por «triviales», o por adjudicarse a la «esfera privada». Hay, finalmente, un punto de fuga de la *ratio archivística* en la recuperación y escucha de aquellas vidas «raras» o «anormales» que han quedado registradas en documentos oficiales o periódicos del pasado. Es esta una tarea realizada por un cada vez más creciente revisionismo crítico-archivístico que surge en diversas disciplinas y campos de estudios, del que nuestro dossier quiere dar cuenta. Insistimos: todas estas prácticas han contribuido a volver más complejas tanto la noción de archivo como su campo operacional. Un repertorio de cada uno de estos aspectos puede encontrarse en el presente dossier.

El ensayo de Fernanda Molina, por caso, sacude el archivo colonial americano poniendo el foco en una serie de procesos judiciales seguidos contra sexualidades no normativas en diferentes jurisdicciones hispanoamericanas durante los siglos XVI y XVII. Su trabajo reconstruye y analiza los mecanismos administrativos y de gobierno, a través de los cuales la vida de quienes debieron comparecer antes los estrados fue protocolizada hasta convertirse en «material de archivo». Asimismo, se propone reflexionar en torno a las dificultades que el archivo colonial presenta para la investigación histórica, en la medida en que no sólo produjo y enunció esas experiencias a partir de nociones como las de delito o crimen, sino que constituyó una práctica colonial de gobierno. El trabajo demuestra así que el archivo colonial no puede reducirse a una herramienta administrativa. Del mismo modo nos advierte que los repositorios actuales, a los que asiduamente acuden las y los investigadores, tampoco pueden considerarse un mero «recurso técnico» para sustentar sus investigaciones. En efecto, aun cuando los archivos actuales no se orienten a gobernar los cuerpos, deseos y subjetividades disidentes, tam-

poco resultan neutrales o asépticos. Después de todo, los documentos que constituyen su principal acervo fueron producidos, clasificados y organizados siguiendo lógicas, imaginarios y discursos androcéntricos, heteronormativos y racistas. En la medida en que esas marcas están inscriptas de forma indeleble en el archivo, nuestra tarea no reside en borrarlas o suprimirlas, sino en exponerlas y problematizarlas a fin de desarrollar una práctica historiográfica capaz de elaborar un relato en el que se privilegie al sujeto deseante por sobre el delincuente, a la experiencia de vida por sobre el caso, al deseo por sobre el crimen. En suma, una narrativa histórica disidente y alternativa a las clasificaciones, las etiquetas y las taxonomías que produce y reproduce el archivo.

El siguiente artículo del dossier es «Un barco lleno de notas: la construcción de un archivo musical italo-argentino» de Camilla Cattarulla. El texto parte de un hueco en el archivo musical que Cattarulla encuentra con sagacidad: tanto en el *Diccionario biográfico italo-argentino* (1976) de Dionisio Petriella y Sara Sosa Matiello, como en el libro *Los italianos en la historia de la cultura argentina* (1979) también de Petriella, se advierte la falta de una entrada sobre cantantes o autores de tango, campo en el que los italianos «han desempeñado un papel de primera importancia en el nacimiento y difusión del género», apunta Cattarulla.

Por fortuna, el texto de Cattarulla subsana esta invisibilización de los migrantes italianos dentro de los estudios sobre música y tango, ofreciendo caudalosas referencias archivísticas sobre músicos y cantantes ilustres del tango de ascendencia italiana. Pero no sólo eso, el texto ubica la presencia de la música italiana en Argentina ya a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, es decir, mucho antes de las primeras grandes oleadas migratorias. Y, fundamentalmente, complejiza las representaciones de la migración italiana en la medida que da cuenta que «muchos músicos egresados de los conservatorios italianos, especialmente el de San Pietro a Maiella, en Nápoles, y el de Milán, que llegaron a la Argentina después de haber emprendido una exitosa carrera en Italia o en Europa, lo que también es una muestra de una migración mucho más variada de lo que la historiografía tradicional ha transmi-

tido durante mucho tiempo al insistir en el componente campesino y analfabeto de los migrantes italianos».

Tras su recorrido, Cattarulla concluye señalando varias dimensiones de la relación musical entre Italia y Argentina más allá del tango (la música sinfónica y la Ópera, la canción moderna en los años sesentas y setentas, etc.) exponiendo cómo, incluso en la actualidad, las relaciones culturales entre los países gozan de una fuerte vitalidad.

Por su parte, Jesse Rothbard propone leer *As Revelações do Príncipe do Fogo* de Febrônio Índio do Brasil como parte del archivo de Mário de Andrade, quien conservó una de las únicas copias que sobrevivieron a la persecución e incendio de la policía municipal de Río de Janeiro en 1927. «Un evangelio queer: los mundos místicos de Febrônio Índio do Brasil» despliega por lo menos dos archivos, el del discurso médico-psiquiátrico —suerte de contracara disciplinadora de la modernización urbana de Pereira Passos en Río a comienzos de siglo XX— que patologizó e incriminó la disidencia sexual, y el del modernismo brasileño, a través de la lectura *antropofágica* —o a *contrapelo*, según palabras del artículo de Mario de Andrade—. De este modo, Rothbard deja escuchar las fricciones del archivo (médico, criminológico, religioso, artístico), sus silencios y resonancias, permitiéndonos volver sobre los acontecimientos que lo traccionan, y sobre los imaginarios que hoy lo interrogan.

El texto de Laura Piccolo titulado «El teatro como archivo: los rusos en el Colón de la primera mitad del siglo XX» tiene dos grandes contribuciones. En primer lugar, una teórico-crítica: el análisis de los modos por los cuales una institución artística como el Teatro Colón ha creado colecciones de archivos e iniciativas custodiales y curatoriales de dichos documentos con el fin de conservar y transmitir el patrimonio cultural y su memoria. Su trabajo es un excelente ejemplo de lo que aludimos al comienzo de esta introducción: pues si bien estudia un fenómeno del pasado (Los Ballets Rusos de comienzos del siglo XX), la práctica archivística que lo visibiliza es contemporánea y sería impensable sin el cambio de paradigma en el mundo archivístico.

El segundo gran aporte del texto de Piccolo es, además de su recorrido histórico, la sensibilidad queer y disidente

que recupera del archivo: ya a partir de la fundación de los Ballets Rusos por Diguilev, pero todavía más con la incorporación de Nizhinskii, los Ballets se convirtieron en agentes revolucionarios del concepto de danza y del espectáculo teatral en toda América, incorporando hombres como bailarines, abandonando el tutú de la indumentaria femenina, y construyendo un movimiento que iba de lo erótico a, incluso, lo escatológico. Lo que desencadenó episodios de censura de la prensa. Esa «censura» se manifiesta también en un lugar vital y afectivo del archivo: la invisibilización de la bisexualidad de Nizhinskii. Y, también, como cierta imposibilidad temporal: Ricardo Güiraldes y Alfredo González Garaño le habrían propuesto a Nizhinskii una coreografía de temática indigenista con música de Stravinskii que, lamentablemente, nunca tuvo lugar.

Estas dos dimensiones del texto de Piccolo, nos lleva a una tercera o, mejor, a una suerte de conclusión que las aúna. Si «los Ballets Rusos funcionaron como una segunda o tercera patria para los rusos» que emigraron tras la revolución de 1917, la tarea de conservación y visibilización de los archivos por parte de los teatros, permite iluminar esas chispas de vida que todavía parpadean en los documentos, permitiendo recuperar la memoria de una comunidad migrante y, en muchos casos disidente, que expandió los horizontes artísticos del mundo y, particularmente, de América Latina.

El último texto del dossier, escrito por Diego Bentivegna, se propone recuperar la figura del importante filólogo italiano Benvenuto Terracini, exiliado en la provincia de Tucumán (Argentina), durante la segunda mitad de los años cuarenta del siglo XX, como consecuencias de las leyes raciales aplicadas en Italia a partir de 1938.

Además de recuperar un pensamiento que ha quedado a los márgenes de la filología americana más conocida

(Ureña, Reyes, Lezama Lima), el artículo propone un recorrido por una serie de escritos filológicos heterogéneos que, sin embargo, coinciden en abordar distintas disputas político-lingüísticas a través de reflexiones sobre la migración y la subalternidad. De Auerbach a Pasolini, de Gramsci a Agamben, Bentivegna pone a resonar los diferentes espacios históricos y culturales de su recorrido: la Roma de los años '50, el oriente cercano y el norte argentino. Sin descuidar las singularidades de cada terreno, Bentivegna es sensible a las signaturas que develan cierto mundillo compartido: una pedagogía común entre Terracini y Gramsci (la Universidad de Turín, el profesor Bartoli), la influencia de Gregorio de Tours y de Giambattista Vico en Auerbach, Terracini e incluso Benjamin y, fundamentalmente, la experiencia común del intelectual exiliado.

En la segunda parte, el artículo se dedica al estudio de un caso al que podríamos considerar un ejemplo de lectura como el propuesto por los autores estudiados. Se trata de un aspecto de la obra de Francisco René Santucho (desaparecido en 1975): una discusión en torno a la cuestión de la lengua quechua (quichua), en el mismo ámbito donde trabajó Terracini, y en el marco de las praxis políticas revolucionarias de los años '60 y '70, como una posible deriva americana (con una faz revolucionaria) de los cruces entre filología, lenguas y política analizados en la primera parte.

Así, además de una excelente lección filológica y archivística, Bentivegna nos permite pensar todo un rico entramado de relaciones intelectuales entre Europa y América Latina donde se reenfoca el rostro del filólogo más allá de su imagen de exilio, subalternización o reclusión, iluminando su empedernido activismo, su deseo de fundar y hacer crecer esa comunidad disidente, esa comunidad para todos aquellos que carecen de ella. Esperamos que este dossier sea un paso decisivo en esa dirección.